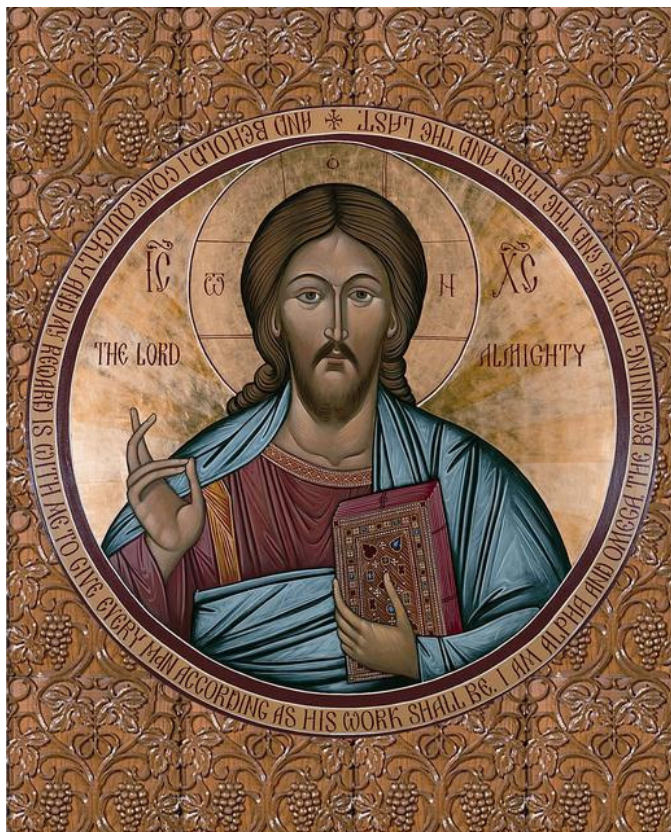


EL MATRIMONIO



El amor es el sentimiento más noble y más elevado que una persona pueda experimentar. El amor mutuo entre los esposos y el amor maternal por los hijos son las formas de expresión más altas de este sentimiento.

El amor entre los novios comienza con un sentimiento de simpatía y atracción mutua que aún no alcanza el grado de un amor profundo y verdadero. Este amor precisa de acercamiento espiritual, sensibilidad, perseverancia y habitualmente heroísmo. Quienes desean casarse, o quienes ya lo están, deben preocuparse por que su atracción mutua se complemente con un acercamiento espiritual continuo. Facilitan este acercamiento el contacto espiritual, una interacción continua, la oración en común, la asistencia a los oficios, la comunión de los sacramentos, las charlas acerca de temas espirituales y la sinceridad. Sin cercanía espiritual, el amor físico no basta para un matrimonio feliz.

El amor es un sentimiento muy delicado y vulnerable. Cada uno de los esposos debe evitar todo aquello que pueda herir los sentimientos del otro: palabras hirientes, groserías, costumbres desagradables, tozudez, egoísmo. Hay que resolver los inevitables problemas de la vida según el Evangelio, con humildad, paciencia, perdonando las mutuas ofensas, teniendo fe en la fuerza de la bondad.

El objetivo del matrimonio es que los cónyuges se ayuden mutuamente y se completen el uno al otro. Y, siendo el objetivo de la vida humana la salvación del alma, los esposos tienen que incentivarse mutuamente a llevar un modo de vida cristiano. Como consecuencia, la pareja recibirá la bendición de Dios, su matrimonio será feliz y será consuelo y contento para ambos.

Intentaremos ayudar al lector en esta tarea a entender el significado del matrimonio cristiano. Diremos algunas palabras acerca de los problemas principales con los que se enfrenta la pareja y acerca de como fortalecer el amor y la confianza. Para finalizar, presentaremos las oraciones del sacramento del matrimonio y haremos algunas acotaciones de tipo práctico.

EL MATRIMONIO COMO INSTITUCIÓN DIVINA

"No es bueno que el hombre esté solo," dijo Dios al crear al hombre. Y realmente, todo el tránsito del hombre por la tierra y la realización de su verdadero designio precisa de la interacción con otras personas, de la ayuda mutua y esfuerzos en común. Con este objetivo Dios estableció el matrimonio y lo bendijo, acerca de ello dicen las Sagradas Escrituras: "Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Y bendíjoles Dios, díjoles Dios: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla" (Gen. 1:27-28).

Al mismo tiempo que los animales recibieron la bendición de Dios para multiplicarse, la unión del hombre y la mujer en matrimonio recibió

de su Creador un significado mas profundo y religioso. En ella se concreta el misterio de la unidad de sujetos de distinto sexo, como si fuera el amalgamamiento de ambos en un solo ser viviente, una sola carne. Así nace esa unión física de la cual surge la sociedad humana. Acerca de este aspecto unificador del matrimonio así se expresa el siguiente mandamiento: "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne" (Gen. 2:24).

Aquí es imprescindible llamar la atención sobre el hecho de que, ya que el matrimonio fue instituido por Dios aún en el paraíso, cuando las personas eran inocentes e inmortales, la unión en matrimonio de un hombre y una mujer, debe ser, en el sentido que le ha dado su Creador, para siempre e indisoluble. Como sabemos, la caída en pecado de Adán y Eva los llevo a una confusión entre sus tendencias espirituales y carnales, lo que fue trasmitido a sus descendientes. El daño ocasionado a la naturaleza humana repercutió en todos los aspectos de su vida, tanto individual como social, incluyendo entre ellos a las relaciones matrimoniales. Así, la natural atracción entre las personas de distinto sexo, se volvió desordenada, aparecieron múltiples desviaciones del instinto sexual, las concubinas, la poligamia, la infidelidad en el matrimonio, los divorcios y otras violaciones al orden establecido.

Sin embargo, el ideal de las relaciones matrimoniales aún no estaba perdido y los profetas del Antiguo Testamento se preocupaban por la pureza de las mismas. Entre los hebreos un matrimonio feliz era considerado una bendición divina: "Una mujer completa, ¿quién la encontrará? Es mucho mas valiosa que las perlas." "Engañosa es la gracia, vana la hermosura, la mujer que teme a Yahveh, esa será alabada" (Prov. 31:10, 30) Las oraciones del oficio del matrimonio que el lector encontrará en la segunda parte de este ensayo, ejemplifican matrimonios felices, bendecidos por Dios.

VISIÓN CRISTIANA DEL MATRIMONIO

Nuestro Señor Jesucristo, que vino a la tierra para renovar en la sociedad humana los principios de Dios, se ocupó también de la reinstauración de la unión matrimonial. Con su presencia en las bodas de Caná de Galilea bendijo, iluminó el matrimonio y realizó su primer milagro.

Poco después, Jesucristo explica a los hebreos el verdadero significado del matrimonio. Remitiéndolos a las palabras de las Escrituras acerca de un solo marido y una sola mujer, Dios, de la manera más definitiva, confirma la indisolubilidad esencial del matrimonio, y dice: "... De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre." Los fariseos continúan interrogando al Salvador: "Pues ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?" A lo cual les responde Dios: "Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer, no por fornicación, y se case con otra, comete adulterio" (Mat. 19:6-9). Con estas palabras la persona que se enlaza en matrimonio esta obligada a permanecer en él. La infidelidad en el matrimonio es una violación de la voluntad divina y, en consecuencia, un grave pecado.

Estas palabras del Salvador nos dan a entender toda la nobleza, la severidad y la responsabilidad que implican los lazos maritales. Pero, en un matrimonio con psicología cristiana este yugo que, aparentemente, representa el matrimonio, se vuelve liviano y agradable. Con la ayuda de Dios, trasmitida en el misterio del matrimonio, los esposos pueden cargar el yugo de la vida familiar en paz, compañerismo y de acuerdo el uno con el otro. Por el contrario, cuando no existe una manera cristiana de encarar el matrimonio, éste se vuelve un peso insoportable y un martirio para ambos.

El matrimonio es santo y un estado de salvación para la vida de las personas si se tiene una actitud correcta hacia el mismo. La familia es una pequeña Iglesia de Cristo, en la familia se condensa el sentido y el objetivo del matrimonio. El temor actual a la familia, el miedo a tener hijos es fuente de desesperanza, insatisfacción y tristeza en el matrimonio. La educación cristiana de los hijos es el deber y la alegría de la familia y da sentido y justificación al matrimonio.

Pero, también en la ausencia de hijos el matrimonio no pierde su sentido, aliviando a los esposos, con el amor y la ayuda mutua, a transitar el camino de la vida cristiana. El apóstol Pedro en su primera epístola instruye a las mujeres a imitar la vida de sus justas antecesoras, a ser ejemplo de virtud, y a los hombres a tratar a sus mujeres de manera razonable, como si de un frágil recipiente se tratara, honrándolas como herederas de una vida virtuosa (cap. 3).

El apóstol Pablo, en su primera epístola a los Corintios, así se expresa con respecto a los promesas maritales: "En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor: que la mujer no se separe del marido" (1 Cor. 7:10). "En cuanto a los demás, digo yo, no el Señor: Si un hermano tiene una mujer no creyente y ella consiente en vivir con él, no la despida. Y si una mujer tiene un marido no creyente y él consiente en vivir con ella, no le despida. Pues el marido no creyente queda santificado por su mujer, y la mujer no creyente por el marido creyente. De otro modo, vuestros hijos serían impuros" (1 Cor. 7:12-14). Estas palabras del apóstol tienen un significado especial hoy en día, cuando son tan habituales los matrimonios en donde solo un cónyuge es creyente u ortodoxo.

Los apóstoles en sus epístolas hablan de la posición secundaria de la mujer en el matrimonio. Con esto ellos no denigran, sino que tienen en cuenta su origen y su naturaleza,

más complicada y débil, que exige especiales cuidados. "Ni fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre" (como su amiga y ayudante) "He aquí por qué debe llevar la mujer sobre la cabeza una señal de sujeción por razón de los ángeles. Por lo demás, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. Porque si la mujer procede del hombre, el hombre, a su vez, nace mediante la mujer. Y todo proviene de Dios" (1 Cor. 11:9-12).

En los consejos apostólicos que aquí citamos se puede apreciar la visión de los primeros cristianos del matrimonio. Marido y mujer son compañeros ante Dios. Están exactamente al mismo nivel como integrantes del Reino de Dios y herederos de la vida eterna. Pero no se eliminan entre ellos las diferencias dadas por su naturaleza, su origen y su participación en el pecado original. La mujer fue creada para ayudar al hombre y del hombre (de su costilla) y no el hombre para la mujer y de la mujer (a pesar de nacer de mujer). La mujer por su humanidad y por el plan divino es igual en todo al hombre, en la práctica es su ayudante y depende de él, por su parte, el marido es la cabeza de su mujer; y "vivirán según la voluntad" de Dios, como se dice en una de las oraciones del oficio del sacramento del matrimonio.



El apóstol Pablo en su epístola a los Efesos así instruye a las mujeres cristianas en relación a su deber de ayudar al marido: "Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo" (Ef. 5:21-24). Puede ser, que parezca que, al someter a las mujeres a sus maridos, el apóstol disminuye su validez humana. Pero esto no es así. Aquí el apóstol expone el ideal de las relaciones matrimoniales. La Iglesia se somete a Cristo como a su salvador y benefactor, no es un sometimiento esclavizante, sino una demostración de amor.

Tras explicar esto, el apóstol instruye a los maridos en su deber, aún mayor: "Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella [...] Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo.[...] Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es este" (Ef. 5:25-32).

En la primera epístola a Timoteo el apóstol Pablo enseña acerca de la maternidad, como la misión principal de la mujer: "Con todo, (la mujer) se salvará por su maternidad..." (1 Tim. 2:15). La maternidad consiste no solo en dar a luz una criatura y preocuparse de su salud, sino, especialmente, en inculcar en su alma los rudimentos de la fe y la moral. Es necesario que el niño incorpore los principios de la bondad junto con la leche materna, para que arraiguen profunda y firmemente en su subconsciente y se vuelvan parte de su naturaleza. Entonces, aunque la criatura caiga con posterioridad bajo influencias nefastas, siempre podrá volver a Dios guiándose por su instinto espiritual. Es imprescindible que las esposas de hoy en día

comprendan cuán seria es su misión, y cuanta responsabilidad involucra: el futuro de la sociedad y de la Iglesia dependen de ellas.

En su epístola a los Colosenses, el apóstol Pablo define las relaciones familiares de la siguiente manera: "Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se vuelvan apocados" (Col. 3:18-21). En estas palabras del apóstol cada miembro de la familia recibe una enseñanza correspondiente.

Esta es la verdadera ley fundamental de la naturaleza humana: el marido constituye el apoyo de la mujer y la cabeza de la familia, es el responsable del bienestar material y espiritual de todos los integrantes de la familia; la esposa es el sostén del marido, la educadora de los hijos; los hijos, son los ayudantes de sus padres y algo así como los ciudadanos de su pequeño estado. Este desequilibrio que se establece es dictado por la misma naturaleza, y es fundamental para la existencia y el desarrollo armónico de la familia.



Cada persona, como miembro de una familia, de la sociedad y de la Iglesia tiene en esta vida mortal un deber de obediencia, que es esencial para su bienestar. En el Reino Celestial se suprimirán todas las diferencias sociales, de sexo y de raza. La responsabilidad de una persona ante Dios es proporcional a sus deberes, pero su premio en el cielo se define no por la posición (privilegios) que tuvo en la sociedad o en la familia, sino tan solo por la tenacidad que demostró en su servicio. Ante Dios todas las personas son iguales, todos tienen abierto el acceso a la bienaventuranza divina y a la eterna beatitud.

Cuando los esposos tienen una actitud cristiana frente a sus deberes matrimoniales, entonces, se refuerzan el respeto y el amor mutuos. San Juan de Kronstadt, teniendo esto en cuenta, así hablaba a los recién casados: "¡Donde hay amor, allí está Dios, y donde está Dios, allí se encuentra todo lo bueno!"

DIFICULTADES DE HOY EN EL MATRIMONIO

En nuestros días, el matrimonio no transcurre en condiciones agradables. Hará unos cincuenta años atrás el divorcio era aún algo poco habitual, hoy en día los divorcios tienen carácter epidémico. La Academia Americana de Abogados de Familia (ABA Journal, Feb. 1, 1998) realizó una investigación en busca de las causas de los divorcios y estableció que las principales son: 1. la falta de contacto entre los cónyuges, 2. la diferenciación paulatina en cuanto a intereses que antes eran comunes a ambos, 3. problemas sexuales e infidelidad, 4. problemas económicos y 5. la falta de comprensión.

Estas causas, así como otras menos importantes a nivel estadístico, desembocan en la práctica en que los esposos pierdan el contacto espiritual y en que cada uno por su lado se encierra más y más en sus propios intereses. De lo cual se puede deducir que, para fortalecer su

matrimonio, es imprescindible que los esposos mantengan el contacto espiritual. Por supuesto, esto se consigue más fácilmente si ambos esposos pertenecen a una misma religión, pero con buena voluntad es posible lograrlo incluso cuando no se da esta circunstancia.

Las relaciones espirituales entre los cónyuges comienzan en el sacramento del matrimonio. En ese momento es como si se encendiera en sus corazones la bujía del espíritu y ellos deben velar y cuidar ese fuego bendito que reciben. Con ese objetivo deben destinar parte de su tiempo a la vida religiosa compartida: dentro de lo posible rezar juntos, asistir regularmente a los oficios y comulgar juntos, leer juntos el evangelio y charlar sobre temas religiosos. Es correcto el dicho: La familia que ora junta, permanece junta. La lectura del Evangelio los ayudará a resolver sus problemas en concordancia con el espíritu cristiano, es decir, con el espíritu del amor, la humildad, la docilidad, el perdón, la benevolencia, la paciencia y la deferencia.

Además, para mantener el contacto espiritual los cónyuges deben conversar y compartir sus dificultades y deseos. Deben, hasta sus últimas fuerzas, ayudarse mutuamente y preocuparse el uno por el otro. Deben respetar las ideas, gustos y costumbres del otro. La vida en común exige ceder y comprometerse.

En ningún momento deben permitirse los comportamientos rudos, el uso de la fuerza o la agresión. Uno de los males frecuentes en las relaciones matrimoniales es el lenguaje no controlado, cuando los cónyuges, en un ataque de ira, se dicen uno al otro palabras hirientes. Las heridas de estos duelos verbales tardan mucho tiempo en cicatrizar. El Antiguo Testamento otorga el siguiente significado a la palabra: "Quien habla sin tino, hiere como espada; mas la lengua de los sabios cura" (Prov. 12:18). Cuando se enciende la cólera es mejor callarse un poco y tranquilizarse (contar hasta diez y tragarse las

palabras) y después de haber rezado, expresar en tono bondadoso aquello que puede traer algún provecho. Es mejor reemplazar una sarta de reproches y consejos condescendientes con una sola palabra mágica: "¡perdóname!" la cual resulta, entre paréntesis, bastante difícil de pronunciar. Vale la pena aclarar, que en el medio familiar se dan las condiciones bajo las cuales una persona aprende a vivir con bondad, y así es como la pareja debe ver su matrimonio: como una escuela de vida cristiana. El aprendizaje no siempre es fácil.

Un libro contemporáneo dedicado a los problemas matrimoniales ofrece una serie de consejos que llevan a un matrimonio feliz: 1. Nunca estén ambos enojados; 2. Al mismo tiempo nunca se griten (salvo que se incendió la casa); 3. Si a alguno de los dos le resulta imprescindible ganar en una discusión, que le ceda la victoria al otro; 4. Si es necesario censurar al otro, hacerlo con amor; 5. Nunca recordar los errores pasados; 6. No se vayan a dormir sin antes haber hecho las paces; 7. Intenten, al menos una vez al día, dirigirse una palabra de cariño; 8. Cuando hayan actuado erróneamente, apresúrense a reconocer su falta y a pedir perdón; 9. Son dos los que participan en una pelea, pero el que está errado siempre habla más.

En esencia, estos consejos u otros similares son un recuento de aquello que nos enseña la Fe Cristiana. Por ello, si ambos se esfuerzan por ser mejores cristianos, todos los malentendidos desaparecerán y la comprensión y el amor mutuo serán mayores.

*He aquí el ideal
cristiano del amor al
prójimo:
“El amor es paciente,
es servicial;
el no es envidioso,
no es jactancioso,
no se envanece;
es decoroso;
no busca su interés;
no se irrita;
no toma en cuenta
el mal; no se alegra de
la injusticia; se alegra
con la verdad. Todo lo
excusa. Todo lo cree.
Todo lo espera. Todo
lo soporta. El amor no
acaba nunca”*

1 Cor. 13:4-8